

dos á encumbrada jerarquía. Pues bien: tomando en cuenta lo dicho, ¿sabéis lo que hace el cristiano cuando peca? Rasga y pisotea esa carta de libertad escrita con sangre divina (1); vuelve las espaldas á su divino Libertador, para agasajar y complacer á Satanás, su eterno enemigo. El cristiano que peca es un parricida, con las circunstancias más agravantes é inauditas; pues, en sentir del Apóstol, el que peca *vuelve á crucificar en su corazón al Hijo de Dios*, su amorosísimo Padre (2). Hermanas mías, ignoro si hubo jamás quien ahondase cuanto puede ahondarse en este abismo de horror que encierra el pecado contra la Redención. Creo más bien que ni el entendimiento del hombre ni la asombrosa inteligencia del ángel pudieron nunca vislumbrar toda su profundidad. Y ¿habrá todavía quien ponga en duda la existencia del infierno? Parece que, aunque expresamente no lo hubiese dicho Dios (3), con esto sólo se podría probar que lo debe haber, pues, como escribe San Agustín, «quien ofende á Dios después de haber sido criado por Él, merece un infierno; mas el que le ofende después de haber sido por Él redimido, menester es nuevo infierno para él». Deduzcamos, por tanto, hermanas mías, que la ofensa contra Dios-Redentor constituye una injuria gravísima sobre toda ponderación, con carácter de horrible ingratitud. Luego el pecado, bien se le considere en el orden de la naturaleza, como en el de la gracia, es, según dije al principio, el mal sumo, el mal único, el mal esencial, el peor de todos los males, la mayor de las desgracias. Luego *debemos huir de él con más horror que de una culebra*.

(1) Coloss., II, 14.
(2) Hebræ., VI, 6.

(3) Jerem., XLVI, 24; Matth., XIII, 42; Matth., XVIII, 8; Marc., IX, 43.

II

Efectos. Si, con mucho más horror sin comparación debemos huir del pecado que de la vista de una culebra, porque lo más grave que este reptil puede ocasionarnos es la muerte del cuerpo; pero los efectos que el pecado mortal produce en el alma, ninguna inteligencia creada logrará jamás ponderarlos debidamente. Por ello yo debo ceñirme á explicaros como pueda alguno de ellos.

1.º En primer lugar, dícenos la fe que, el que tiene la desgracia de ofender á Dios gravemente, *da muerte á su alma* (1), esto es, la despoja de la preciosa vestidura de la gracia, de ese bien infinitamente superior á todos los bienes de la naturaleza (2), principio y fuente de todos los bienes sobrenaturales y precio infinito de la sacratísima Pasión y muerte de Jesucristo; la despoja de esa joya incomparable que la ponía en el número de los *hijos de Dios y herederos de su reino* (3) y la hacía *templo de Dios* (4), *morada del Espíritu Santo* (5) y objeto de las complacencias de la Santísima Trinidad. Pecando gravemente, siquiera con el pensamiento, pierde además cuantos méritos y virtudes hubiere atesorado en todo el discurso de su vida; pues dice el Espíritu Santo por el profeta Ezequiel (6): *Si el justo, desviándose de su justicia, cometiere el pecado, todas las buenas obras que hubiere hecho se echarán en olvido*, de nada le servirán para la vida eterna. Pongamos un ejemplo. Suponed que una de vosotras ha empleado su vida en la práctica de todas las virtudes; que merced al continuo ejercicio de las mismas, ha logrado atesorar

(1) Ezech., XVIII, 4 y 20; Jacob., I, 15.

(2) Matth., XVI, 26; Marc., VIII, 36; Luc., IX, 25.

(3) Rom., VIII, 17.

(4) I. Corinth., III, 16; II. Corinth., VI, 16; Coloss., III, 16; Ephes., III, 17.

(5) Psal. V, 12; II. Timoth., I, 4.

(6) Ezech., XVIII, 24.

en su alma cuantos méritos adquirieron los santos de ambos Testamentos; que ha convertido más almas á Dios que los Apóstoles y predicadores evangélicos de todos los siglos; que ha hecho más penitencia que todos los anacoretas y penitentes que ha habido y pueda haber en el mundo; que ha padecido en defensa de la fe los tormentos de los dieciocho millones de mártires que forman la corona de la Iglesia. Más aún: añadid á este número casi innumerable cuantas gracias, privilegios, virtudes y méritos atesoraba el alma santísima de la Virgen María, Nuestra Señora, en el momento de su preciosa muerte, ¡quién podrá concebirlas!... Pues bien; si vuestra alma con todo ese tesoro incalculable de méritos y de gracias, llegara á cometer un solo pecado mortal, aunque sólo fuese de pensamiento, en el mismo instante quedaría despojada de todo ese cúmulo de bienes, y de amiga de Dios pasaría á ser vil esclava del demonio. Y si llegara á morir sin haber hecho penitencia de su pecado, al instante sería precipitada en los profundos abismos del infierno para repetir desesperada por toda la eternidad las palabras que el infeliz Enrique VIII de Inglaterra dijo en el trance de la muerte: OMNIA PERDIDIMUS. «Todo lo he perdido». Sí, todo absolutamente se pierde por un solo pecado grave: oraciones, vigili- as, ayunos, limosnas, sacramentos, obras de caridad, de humildad y de penitencia, méritos, gracia y el derecho á la gloria. ¡Jesús mío! ¡Cuánto aborrecéis el pecado, pues uno solo causa tanta ruina en el alma que lo comete!...

2.º Pero ¿creéis que está todo dicho, hermanas mías? Escuchad otro efecto no menos terrible y desconsolador. El pecado mortal no sólo despoja al alma de todos los méritos que había adquirido, sino que la impide adquirir otros nuevos. San Pablo lo expresa admirablemente en estas palabras: *Aunque hable—dice—con lengua de ángeles; aunque tenga don de profecía y esté versado en todas las ciencias y obre portentosos*

milagros; aunque dé toda mi hacienda á pobres, y aunque convierta todo el mundo, si no tengo caridad y gracia de Dios, nada soy y nada aprovechará cuanto haga (1). La razón es porque, como nos enseña la fe, nada absolutamente podemos hacer, ni pensar, ni comenzar, ni acabar digno de mérito si no vivimos unidos á Dios por la gracia y la caridad que siempre la acompaña (2); ó como dijo el mismo Jesucristo, si no estamos adheridos á Él, como lo están los sarmientos á la vid que los sustenta (3). Y como los sarmientos separados de la vid no producen fruto alguno, tampoco podremos nosotros producir fruto alguno de gracia y santidad, si no procuramos vivir íntimamente unidos á Jesucristo por la gracia. Y así, el alma que vive en pecado mortal y en ese estado ora, y se humilla, y se mortifica, y asiste al enfermo, y socorre al necesitado, y ayuna á pan y agua, y derrama la sangre de sus venas con crueles azotes, y trabaja, y se fatiga, y se sacrifica, jamás logrará adquirir con todas estas obras un solo grado de gloria, porque no siendo amiga de Dios, no estando unida con Él por la gracia y por la caridad, no es más que una rama cortada y seca, un sarmiento inútil, bueno únicamente para ser arrojado al fuego del infierno (4).

Veis ahí, hermanas mías, lo que pierde y á lo que se expone el alma que tiene la desgracia de ofender á Dios gravemente. ¡Qué pérdida, Dios mío, qué pérdida! ¡Qué estado tan deplorable y tan digno de llorarse con lágrimas de sangre! Y no obstante, hermanas mías muy amadas, ¡quién lo creyera!, comúnmente hablando, el pecado mortal no logra hacer mella ninguna en los cristianos; ¿qué digo? la inmensa mayoría de ellos lo cometen con una sangre fría inconcebi-

(1) I. Corinth., XIII, 3.

(2) II. Corinth., III, 5; Philipp., II, 13.

(3) Joann., XV, 5.

(4) Matth., III, 10; Matth., VII 19; Luc., III, 9.

ble, y como *por risa y diversión*, dice el Espíritu Santo (1), y llegan, en su insensatez y desvergüenza, hasta el extremo irracional de gloriarse de haberlo cometido. Yo me maravillo, decía Santo Tomás, y no puedo comprender cómo el que vive en pecado mortal, pueda reír y tener contento. En verdad no se comprende, pero lo vemos todos los días. Y es que *no saben lo que hacen*; ignoran que el pecado mortal constituye una insolente rebeldía contra su Criador y una monstruosa ingratitud contra su amabilísimo Redentor. Están muy lejos de creer que el pecado mortal arranca á sus pobres almas la preciosa vestidura de la gracia y con ella todos los méritos, gracias y virtudes adquiridas, imposibilitándolas para merecer un solo grado de gloria, mientras perseveren en este lamentable estado; y esta ignorancia alegó Jesucristo á su eterno Padre para que perdonase á los mismos que le crucificaron (2).

Mas vosotras *sois inexcusables* (3); vosotras no podéis alegar ignorancia en esta materia, y por ello seréis juzgadas con más rigor (4). Ciertamente que el pecado grave os inspira entrañable aborrecimiento, y jamás lo abominaréis y detestaréis como merece ser detestado y aborrecido. Pero ¡ay! hermanas carísimas, que yo no sé si el horror y aborrecimiento que tenéis al pecado grave, se extiende también al pecado leve voluntario, tan ofensivo á Dios y tan impropio de un alma desposada con Jesucristo. Ignoro y prefiero ignorar si alguna de vosotras vive contagiada de esa enfermedad espiritual casi incurable, llamada tibieza; pero no vacilo en asegurar que uno de los síntomas que delatan la existencia en el alma de esta enfermedad, es la comisión habitual del pecado leve, *camino ancho y espacioso* que conduce insensible-

(1) Prov., X, 23.
(2) Judith., IX, 10; Jerem., LIII, 12; Luc., XXIII, 34; I. Corinth., II, 8.

(3) Rom., I, 20.
(4) Psal. IX, 5; Psal. LXXIV, 3; Ecclesiast., III, 17.

mente al abismo del pecado grave (1). Yo no puedo ni debo suponerlo; pero si de ello tuviera el menor indicio, la más liviana sospecha, yo suplicaría á esa religiosa en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que antes de interceder por los pecadores, *compadeciéndose de su propia alma* (2), rogase más bien por sí misma, y con lágrimas del corazón implorase la misericordia divina, dispuesta á reparar los malos ejemplos ocasionados por su tibieza, y cumplir con fervorosa solicitud los deberes religiosos consignados en las santas Reglas, y hacer penitencia por las transgresiones voluntarias de los mismos, y emplear el resto de su vida en amar y servir á su pacientísimo Esposo Jesús (3), que ha prometido *olvidar para siempre los pecados* (4) del que acuda á sus plantas amorosísimas con el *corazón contrito y humillado* (5)... Pero ¿qué estoy diciendo, hermanas mías?... Perdonadme, si os he dado un mal rato al corregir con alguna viveza el indigno proceder del alma perezosa é indolente en el amor y servicio de nuestro Dios. Con ello no he intentado reprenderos, sino avisaros y preveniros y alentáros á proseguir con santa emulación (6) *la senda estrecha* (7) de los consejos evangélicos que conduce con seguridad á la unión del alma con la soberana Majestad de Dios. ¿Deseáis llegar pronto á esa unión inefable? «El principio, el progreso y el término de este camino» es el amor», dice San Agustín.

Amemos, pues, mucho á Jesús, carísimas hermanas mías; amémosle con toda nuestra alma y con todas las fuerzas de nuestro espíritu (8); esforcémonos en mostrarle desde hoy

(1) Eccli., XIX, 1; Luc., XVI, 10; S. August., epist. ad Seleuc.

(2) Eccli., XXX, 24.

(3) Exod., XXXIV, 6; Judith., VIII, 14; Psal. VII, 12; Sapient., XV, 1; Jonæ, IV, 2; II. Petr., III, 9.

(4) Sapient., XI, 24; Isai., XLIII, 25; Jerem., XVIII, 8; Ezech., XVIII, 21.

(5) Psal. L, 19; Psal. CII, 12; Eccli., II, 12.

(6) I. Corinth., XII, 31.

(7) Matth., VII, 14.

(8) Deut., VI, 5; Matth., XXII, 37; Marc., XII, 30; Luc., X, 27.

un amor más tierno y apasionado, ya que en el mundo halla tan pocos amadores, y muchos que le aborrecen y blasfeman, siendo así que no hay madre que profese á sus hijos amor tan entrañable como el de Jesucristo á las almas redimidas con su sangre (1). Que halle siquiera en nosotros el amor, servicio y consuelo que le niegan esos hijos desamorados; que more en nuestras almas por la fe y la caridad, para asistarnos, defendernos y consolarnos en este destierro; y después de nuestra muerte—que en sus brazos será santa—acompañarnos al cielo, y allí, descubierto su hermosísimo rostro (2), *le veremos cara á cara* (3), y en esta vista inefable estribará la bienaventuranza que esperamos gozar con los ángeles y santos por siglos eternos.

(1) Jerem., XXXI, 3.
 (2) Psal. XLIV, 3.

(3) I. Corinth., XIII, 12.

A. M. D. G.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

	Páginas.
<i>Censura y aprobación.</i>	VII
<i>Dos palabras.</i>	XIII
Concepto de la tribulación.	3
Imitación de Cristo.	19
Perfección religiosa.	35
De la santa pobreza.	49
De la castidad.	69
De la obediencia.	89
Observancia de las Reglas.	103
Pasión dominante.	119
De la oración en general.	133
Eficacia de la oración.	149
Condiciones de la oración.	163
De la oración mental.	177
Del examen particular.	195
Del examen general.	211
De la mortificación.	225
Renuncia de toda propiedad.	241
De la soberbia.	257
De la humildad.	273
De las tentaciones.	287
De los malos pensamientos.	303
Del pecado mortal.	319